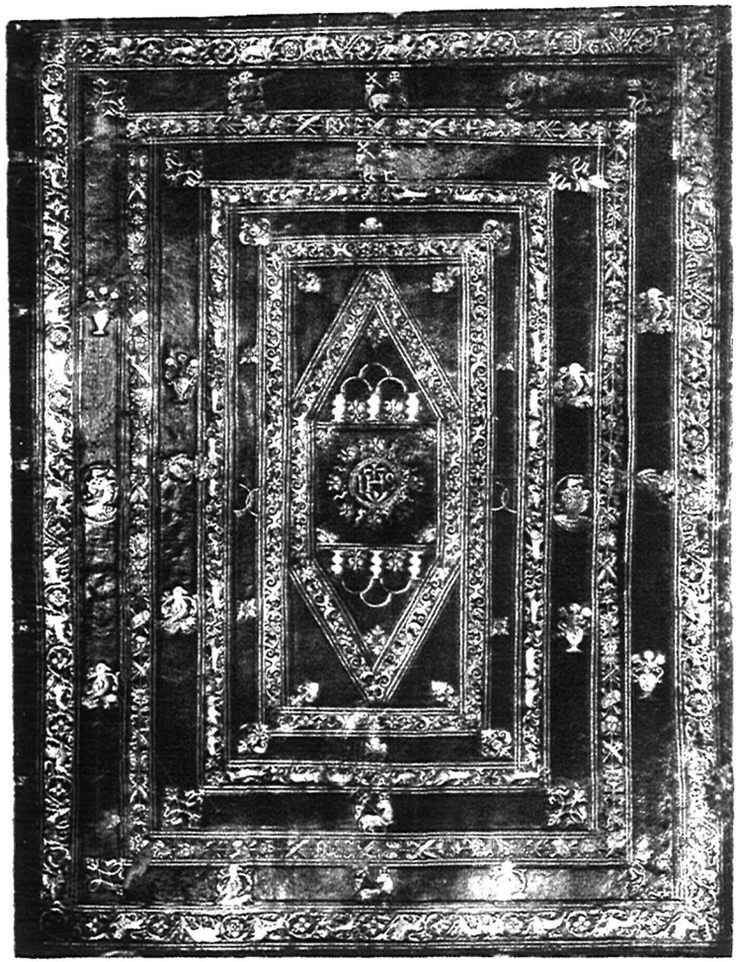
IV

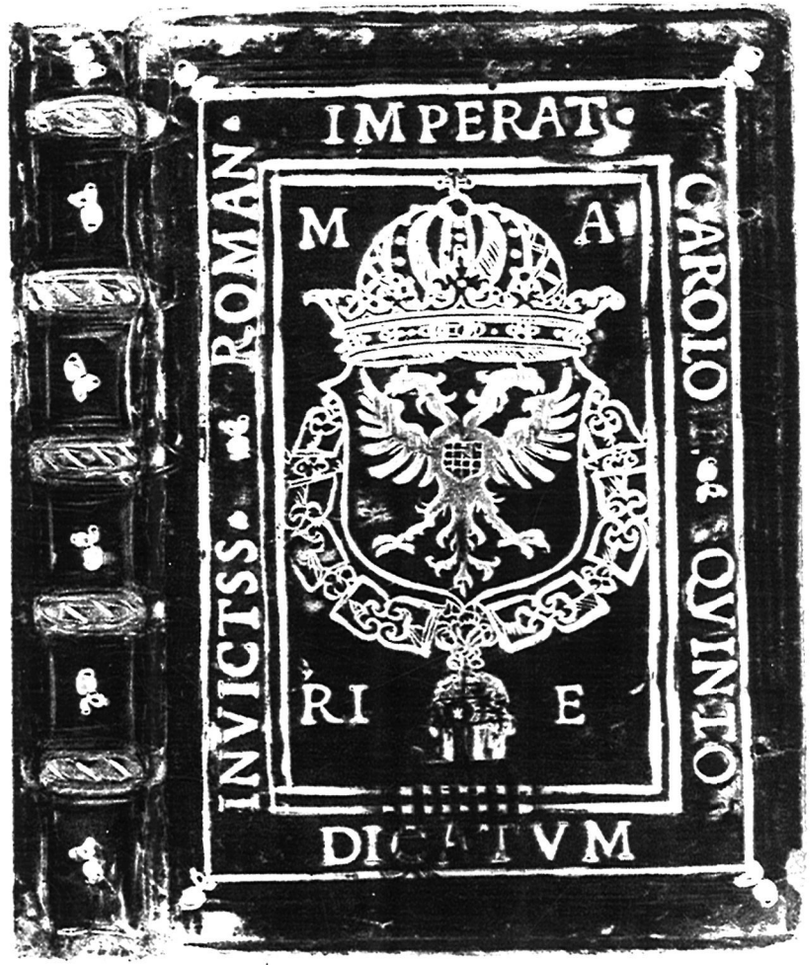
Notas acerca de la encuadernación artística del libro en España

SERÍA pueril, además de imposible, mi pretensión de definir y elogiar acertadamente el libro en su esencia formal ante vosotros. El libro, ha dicho el señor Conde de las Navas, es la mejor creación del hombre, porque en él se trasfunde espiritualmente, multiplica y perpetúa. Tratar de él y describirle en sus componentes materiales es bien fácil y sencillo para todos. El mejor elogio del libro que yo encuentro es la sola consideración de vuestra sabiduría, que poco a poco habéis acumulado, a la manera de la abeja trabajadora, entresacando con vuestro estudio y lectura perseverantes lo útil, lo mejor de cada libro, y habéis labrado con ello síntesis preciosas de vario género, que, fundidas con el fruto de vuestra propia inteligencia, habéis prodigado después en la publicación de tantos libros, que son el honor y la corona de cada uno de vosotros. En ese glorioso sentido nuestra Academia también es merecedora del aplauso y agradecimiento universal por haber contribuído desde su origen con constante celo al conocimiento, crítica y difusión de la historia de España en sus muchas y espléndidas manifestaciones con la publicación de obras propias y ajenas, que forman ya toda una biblioteca. Ese es el testimonio más elocuente de su trabajo y vitalidad.

Celebramos ahora por primera vez pública y solemnemente la fiesta instituída del libro español. Esta fiesta, que es general en toda España, ha de ser estímulo para aumentar su protec-



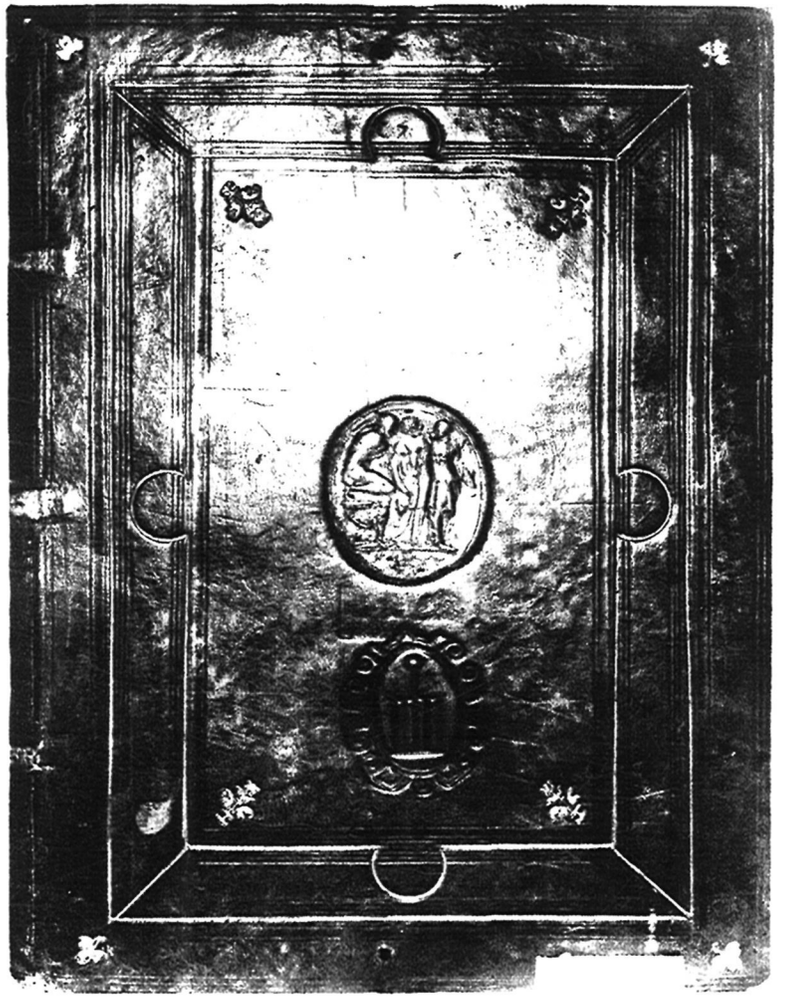
Encuadernación de Valladolid del siglo XVI
(Biblioteca del Escorial).



Encuadernación de Toledo del siglo XVI
(Biblioteca del Escorial).



Encuadernación propia de la Biblioteca de D. Diego Hurtado de Mendoza.



G. V. - Hª. GRABADO HIRÓN, 1-MADRID

Encuadernación propia de la Biblioteca de D. Diego Hurtado de Mendoza.

ción y lectura, al parecer poco extendida. El mejor modo, el más eficaz, es darle a conocer, no a vosotros que le conocéis, porque todos sois autores, en sus múltiples aspectos, para que conociéndole se le ame. Es seguro, pues no hay otras razones positivas, que por ser yo vuestro bibliotecario me habéis encomendado el honor de decir algo acerca del libro en esta sesión solemne. Obedeciéndoos voy a recordar tan solamente algunas notas generalísimas de la historia de la encuadernación artística en España.

En otras naciones tienen hecha ya la historia de la encuadernación y de las demás artes de su libro. En España aún carecemos de una obra de conjunto. A juzgar por la noble afición en estos últimos tiempos despertada, de la que son magníficas demostraciones algunos artículos y monografías que se han publicado, confiemos en que pronto tendrá su digno historiador la encuadernación española, que ha sido gloriosamente artística. El señor Conde de las Navas registra en su *Noticia de 203 impresos que tratan de encuadernación y encuadernadores* cuanto en tal sentido se ha hecho hasta el año 1908. El infatigable investigador de preciosas curiosidades bibliográficas, señor Miquel y Planas, ha dado a conocer en su *Bibliofilia* textual y gráficamente abundantes materiales para la historia de la encuadernación española, y más especialmente catalana, desde el siglo XIV en adelante; de él es también la notable monografía *Restauración del Arte hispanoárabe en la decoración exterior del libro*. El señor Escudero de la Peña publicó en el tomo VII del Museo Español de Antigüedades un apreciable trabajo acerca de *Las encuadernaciones de la Edad Media y Moderna*. Nuestro venerable secretario perpetuo, don Juan Pérez de Guzmán y Gallo, escribió una historia de la encuadernación española, dedicándosela al encuadernador Menard, que por desgracia no llegó a publicarse, y a retazos la ha ido publicando en diversos estudios como en *El Libro y la Biblioteca en España durante los siglos medios* y otros en varias revistas.

Por fortuna son muchísimas las encuadernaciones artísticas que atesoran las bibliotecas públicas y privadas de España. De entre ellas debieran escogerse las genuinamente españolas y es-

pañolizadas, ordenadas por estilos y regiones y formar con ellas álbumes, acompañando a cada modelo su correspondiente y técnica descripción, como los poseen ya otras naciones. Ginesta y Rico y Sinobas adelantaron parte de este trabajo de selección y reunido se encuentra en nuestra Biblioteca Nacional. Pero especialmente la colección de encuadernaciones Lameyer, adquirida con regio patriotismo por don Alfonso XIII y depositada en la Biblioteca del Palacio Real a disposición de todos, y de la que el señor Conde de las Navas dió cuenta en *Arte Español* es una constante invitación a todos los amantes de las artes del libro. En la Academia de la Lengua están custodiados dos tomos en folio del mismo señor Lameyer con 188 dibujos al lápiz y 200 hojas de calco de encuadernaciones antiguas.

El arte de la encuadernación nació con el libro en su forma actual. Antes, como vosotros sabéis, consignábase el fruto de la inteligencia de los sabios, o las leyes dictadas por reyes y emperadores, o los acontecimientos de varia índole que habían de perpetuarse por escrito en tiras de papiro o de pergamino, que se enrollaban en un eje y formaban un volumen. Por su forma el volumen no se adaptaba a nuestra encuadernación. Como consecuencia del progreso intelectual y de la comodidad de su propagación, los griegos y los romanos idearon ya el libro. El libro en forma cuadrada u oblonga exigía, especialmente si constaba de más de un cuadernillo u hojas, que de algún modo se las uniera y protegiese. Unas tablillas de madera, comúnmente de cedro, con unas bandas de cuero para envolverle y una correa con que todo se sujetaba, parece que fué la encuadernación primitiva del libro, como lo indica Marcial en uno de sus epigramas. Los esclavos, entre los romanos, además de copistas, eran los encuadernadores y se llamaban *ligatores librorum.*

La Iglesia, acabada de fundar entonces visiblemente por Nuestro Señor Jesucristo, y que siempre ha sido espléndida cultivadora de todas las bellas artes, enriqueció exteriormente sus libros litúrgicos y sagrados, que son el tesoro de su doctrina y la palabra escrita del divino Fundador, con las mejores ga-

las del arte conocidas y practicadas en aquellos tiempos, purificándolas de las groserías paganas. La historia de la encuadernación artística empieza también entonces en España, que fué una de las provincias de más cultura del vasto Imperio romano y de las primeras que recibieron por el apóstol Santiago la verdad divina del Evangelio.

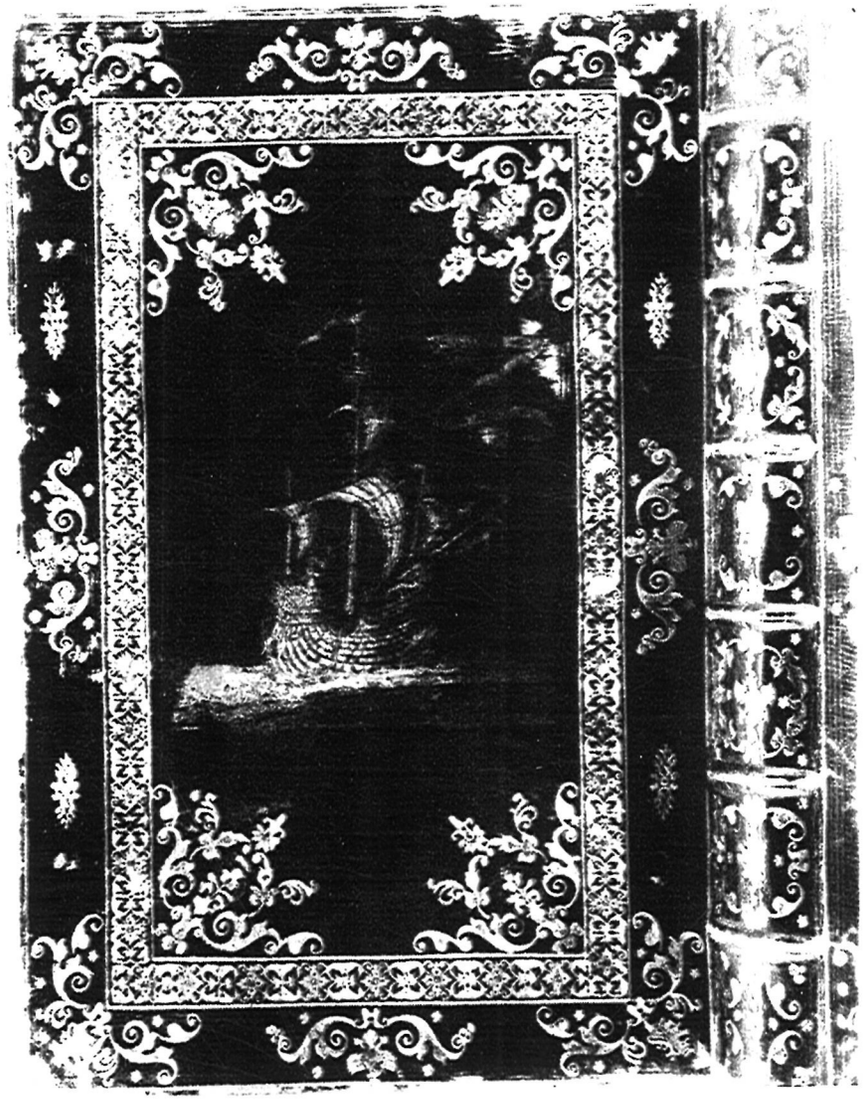
La encuadernación del libro ha seguido en su desenvolvimiento los diversos períodos del Arte en general. Pasadas las primeras perplejidades, aparece ya claramente caracterizada desde el siglo IV en adelante con todo el lujo oriental del estilo bizantino. Bizancio fué un foco de luz artística que irradió por toda Europa. De este tiempo se conservan noticias precisas y ejemplares, aunque pocos, y son documentos auténticos para estudiar y apreciar con acierto todo el valor de la encuadernación. Puede sintetizarse en las siguientes notas la encuadernación bizantina: tapas de madera, cubiertas de terciopelo de color uniforme, o de otras clases de tela; sobre ellas clavaban planchas de oro, o de plata, o de marfil, y las adornaban con piedras preciosas y con esmaltes, y las labraban con dibujos que representaban a Nuestro Señor Jesucristo en diversos símbolos o escenas de su vida real, como el Buen Pastor, el Cordero de Dios, su crucifixión, su resurrección, etc., o la cruz, o los Evangelistas según los describe San Juan en el Apocalipsis, o algún santo, o un personaje, un emperador, un rey, un obispo, etc., o algún episodio de la historia antigua. Las riquísimas planchas que la adornaban eran como postizas y trabajadas, no por los encuadernadores, sino por los orfebres, esmaltadores, plateros, lapidarios, etc. En el período bizantino se escribieron los códices más espléndidamente ricos por su pergamino, a veces purpúreo, por su escritura de letras de oro o de plata y por sus miniaturas. A esta riqueza interior respondía la de su encuadernación.

Casi todas las más valiosas y típicas encuadernaciones del estilo bizantino, hasta ahora conocidas, encuéntranse en los libros sagrados y litúrgicos de la Iglesia católica. Todo el arte y toda la riqueza le parecían poco para conservar gloriosamente la doctrina divina que había recibido y para dar es-

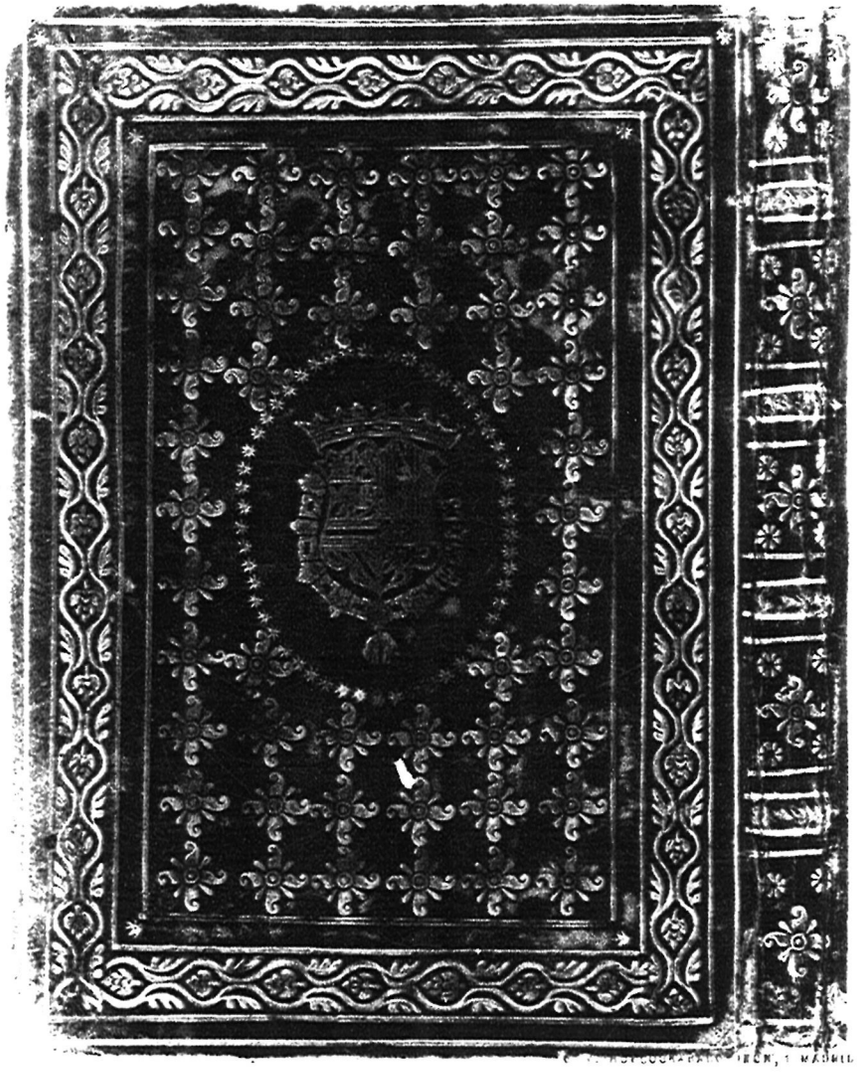
plendor a las ceremonias de su culto. De un modo más singular se distinguían los Evangeliarios, como el que encontró Belisario, según cuenta el historiador Zonara, en el tesoro de Gelimer, que estaba reluciente de oro y adornado de toda suerte de piedras preciosas, y el que se conserva en la basílica de Monza, donado por Teodolinda, reina de los Lombardos, que tiene una de las encuadernaciones más antiguas, formada de planchas de oro enriquecidas con piedras de colores y camafeos. De esta clase son otros ejemplares que se conservan, o son conocidos en la historia.

España, por su posición geográfica, ha sido como el centro de todas las civilizaciones y en ella arraigaron y se cultivaron con esplendidez. Demostrada la gran cultura, en todos los órdenes, que alcanzaron los visigodos por nuestra misma historia general del arte y por los monumentos que poseemos, se ve que por toda la península se extendió el estilo bizantino, aplicándole en todas las manifestaciones. Por eso constituye la encuadernación bizantina un capítulo muy importante de la historia de la encuadernación española, practicada entre nosotros antes que en otras naciones de Europa, y se han conservado en los tesoros de algunas iglesias algunos ejemplares de ella, como los dos de Jaca, compuesto uno de una placa de marfil con figuras de relieve representando el Calvario, y el otro, que perteneció a la reina Felicia, mujer de Sancho Ramírez de Navarra, tiene también en el centro una placa de marfil con una cruz y cubierto lo demás de una plancha de plata labrada y dorada.

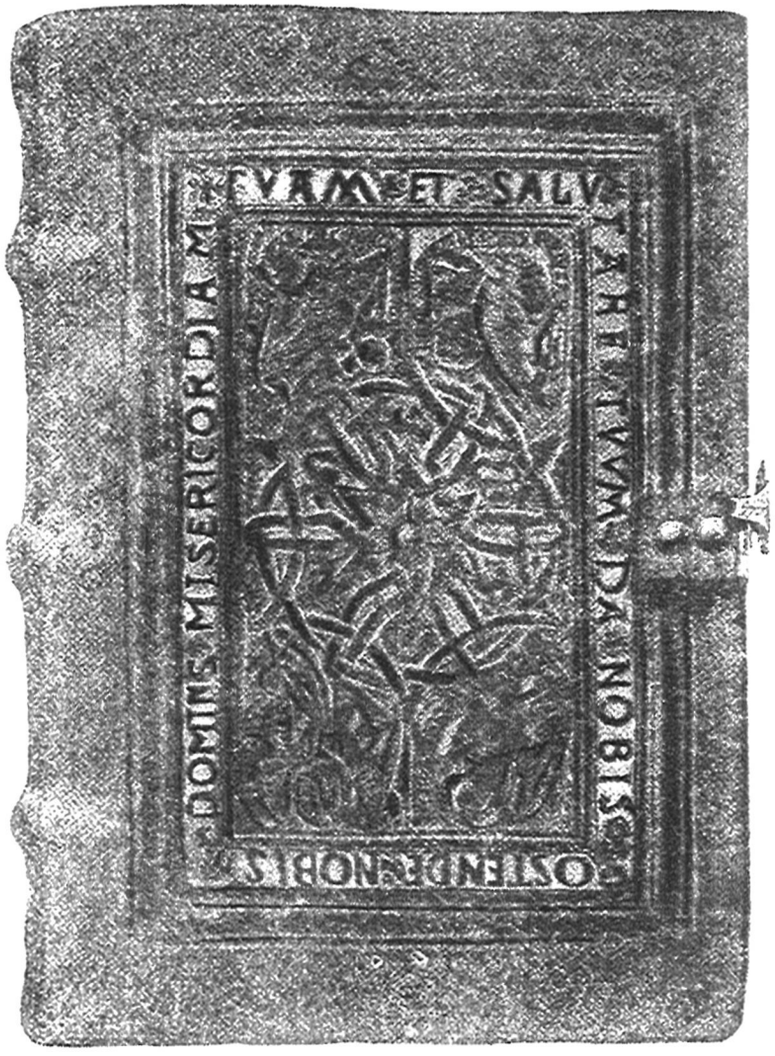
El señor Escudero de la Peña, refiriéndose al período bizantino, hace las siguientes afirmaciones: "Las premisas hasta aquí sentadas, y las deducciones, a nuestro juicio, legítimas, que de ellas hemos hecho, autorizan, pues, a presumir que en las aulas regias, en las basílicas y en los monasterios españoles, existieron durante los primeros siglos de la Edad Media muchos libros, sobre todo de los llamados sagrados, con preciosas y ricas encuadernaciones, en cuyas cubiertas de oro y plata lucían pedrerías y camafeos, como también otros con tapas de marfil esculpido, algunas de las cuales se con-



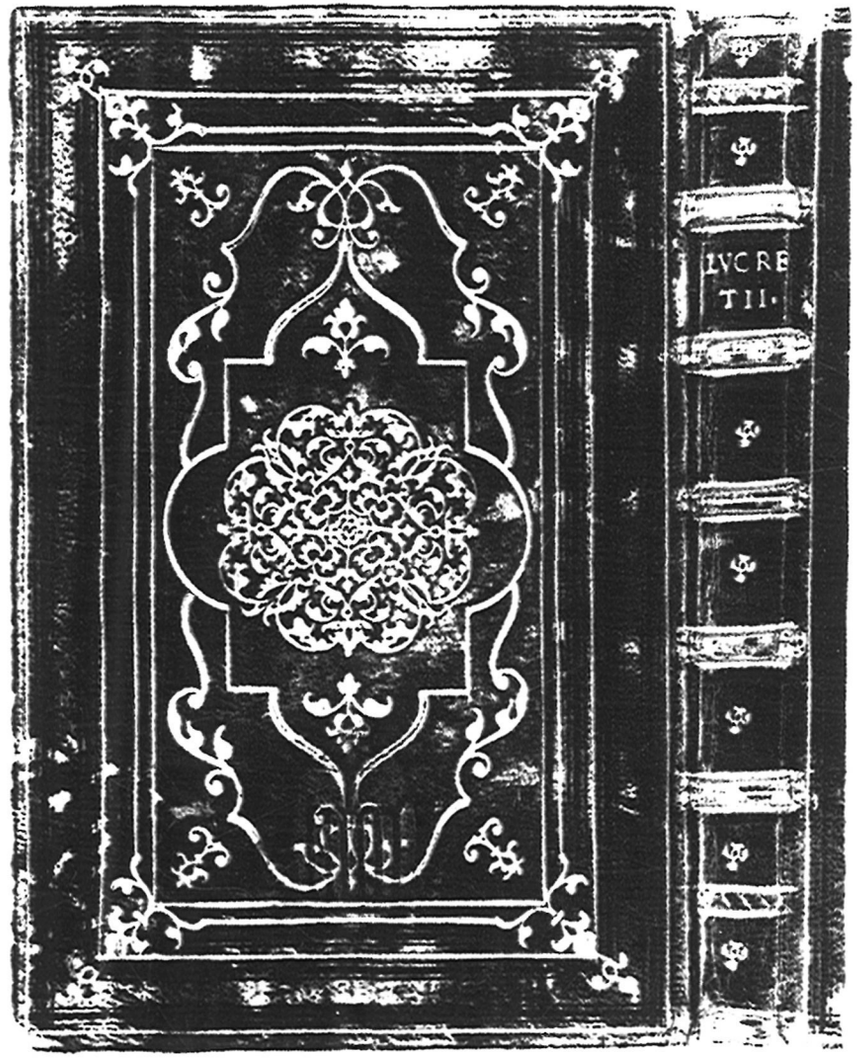
ENCUADERNACIÓN PINTADA DEL SIGLO XVIII.



ENCUADERNACIÓN ESPAÑOLA DEL SIGLO XVI.



ENCUADERNACIÓN HISPANO-ÁRABE.



ENCUADERNACIÓN HISPANO-ÁRABE.

servan aún en museos y bibliotecas, considerándolas como dípticos, olvidado acaso o desconocido su primitivo destino. A veces las más preciosas encuadernaciones, y muy especialmente las de orfebrería, se guardaban envueltas en telas de seda, de brocado, de tapicería, o de tisú de oro y plata; a veces también, como por reminiscencia de una costumbre antigua nunca abandonada en Oriente, el libro encuadernado en metales preciosos, o en marfil o madera esculpido, encerrábase en una caja no menos preciosa que la encuadernación misma."

En el siglo XIII aparece en Alemania el estilo gótico, que se empezó a aplicar también en la encuadernación del libro, y se extendió pronto por varias naciones de Europa. En España le vemos practicado muy al principio en la construcción de nuestras catedrales y en la iluminación de códices, y es de creer que le emplearían en el adorno de la encuadernación. Por ser muy parecido, si se exceptúa el dibujo de quimeras y símbolos y la estampación de imágenes, que es lo que más le caracteriza, con nuestro estilo mudéjar, que carecía de ellos y era de procedencia árabe, que aún dominaban en España, parece que se practicó poco entre nosotros la encuadernación gótica. Se conservan en las bibliotecas bastantes manuscritos que ostentan dicha encuadernación, pero no se puede asegurar si fué hecha aquí o procede del extranjero. Sólo alguna encuadernación firmada desecharía toda duda. Lo que sí aparece en nuestro estilo mudéjar es cierta influencia del gótico, especialmente en los dibujos de los adornos del centro de las cubiertas.

La encuadernación gótica tiene también tapas de madera cubiertas de cuero de varias clases de color oscuro. Es toda gofrada. Los hierros de ornamentación son poco variados. En lo que es más rica es en el grabado de estampación. Además de muchos dibujos simbólicos, tiene a veces casi llena toda la tapa con varias escenas religiosas o sociales, y otras veces estampa imágenes sueltas o retratos de personajes. Su ejecución es dura y rígida. Toda esta ornamentación gótica es como un traslado de las miniaturas del códice a su encuadernación, y hay algún caso en que está miniada realmente, y es

también como una imitación en cuero de las placas labradas de marfil, oro y plata del estilo bizantino y de las cajas de hierro labradas que se construían en aquel tiempo. No se emplea el oro en la estampación, y por eso da impresión de severidad a la vez que de gran riqueza artística. Tiene también de especial que al pie, o encuadrando o rodeando las figuras, imprime inscripciones que explican las escenas representadas. Los miniaturistas y pintores fueron auxiliares de los encuadernadores y grabadores, como en el estilo bizantino lo fueron los esmaltadores, plateros y lapidarios. La encuadernación gótica en algunas variedades es también llamada monástica por haber sido abundantemente ejecutada en los monasterios. A los monjes se les atribuye la invención de los hierros para grabar y dorar.

Del siglo XIII se conservan dos encuadernaciones mudéjares en nuestra Biblioteca Nacional. Todos los códices ricos visigóticos que poseemos, y son de los siglos IX, X y XI, aparecen ornamentados en sus letras capitales, o en el encuadrado de sus miniaturas, con dibujos de entrelazados de origen e imitación árabes según creencia general. Parecía natural que entonces, al adornar su encuadernación, lo hicieran también con aquellos mismos dibujos. De los siglos XIV, XV y aun principios del XVI abundan en nuestras bibliotecas las encuadernaciones hispanoárabes. Es un estilo genuinamente español, del que hasta estos últimos tiempos se había hecho poco aprecio, en lo que a la encuadernación se refiere, y pasaba casi inadvertido para muchos de los historiadores extranjeros, que no le registran en sus obras de carácter general. Para nosotros es de honor nacional su estudio y su divulgación, pues como dice el señor Miquel y Planas, "representa los orígenes de la encuadernación moderna", y "su importancia es tan grande para España, por lo menos, como lo es para Francia la introducción, en las encuadernaciones, de los elementos decorativos procedentes de Italia, que el célebre Grolier adoptó para sus libros". Cree también el señor Miquel y Planas que el estilo mudéjar "fué el resultado natural de aplicar a la encuadernación los recursos ya conocidos en la decoración de los cueros,

arte que aparecía revestido de un antiguo abolengo en el país. Así, el guadamecilero vino a ser en España, por aquellos tiempos, el colaborador artístico del encuadernador propiamente tal; como, en realidad, cabe distinguir ahora entre él y el dorador, que es quien decora y enriquece nuestros libros, después que el primero los ha recubierto de costoso marroquín levantino, de abigarrada pasta valenciana o de cándida vitela de Barbastro".

Que nuestra encuadernación mudéjar influyó en la general de otras naciones se ve examinando el modo de decorar que empleaban, en donde a veces aparecen reminiscencias de entrelazados y arabescos. Hasta algunos de los hierros usados por el Renacimiento son copia de aquellos españoles.

La encuadernación mudéjar es toda grabada. Da impresión de severidad y grandeza; admira por las difíciles y variadísimas combinaciones geométricas de los hierros, hechas a veces con exquisito gusto artístico; en general aparece recargada de adorno, aunque no deslumbra ni fatiga; deja muy pocos claros, y si alguna vez el dibujo así lo exige, intercala en ellos algunos hierros sueltos; en el centro de las tapas abunda una gran variedad de motivos decorativos; encuadra con filetes rectilíneos las bandas de entrelazados; todos los hierros tienen la forma de cuerda; emplea manezuelas, a veces cuatro, y bollones para preservarla del roce; casi siempre es de tabla y está cubierta de cuero de color oscuro. Durante los siglos XIV y XV fué general en España la encuadernación mudéjar, aunque más abundantemente se practicó en el Centro, sobre todo en Toledo y en el Norte.

Entre el estilo mudéjar y el Renacimiento, aunque alternando con ellos, se usó en España, importada de Italia, Francia y Borgoña por don Juan II y el Marqués de Santillana, la encuadernación en telas ricas, como terciopelo, velludo, brocado, raso y otras, bordada con aljofar y pedrería, y con esmaltes en los escudos y emblemas del centro, y en las manezuelas, sin alcanzar originalidad que la caracterizase, sino permaneciendo esclava de la imitación. En muchos inventarios de libros de reyes y magnates se registran muchas encuaderna-

ciones de estas telas, artísticamente bordadas y algunas de tapicería. Y siguen practicándose en España dichas encuadernaciones, pero más aisladamente, sin generalizarse ni constituír una tradición.

Dada la gran cultura a que llegaron los árabes en España, como nos lo están dando hoy a conocer nuestros insignes arabistas, puede imaginarse la gran riqueza artística de sus encuadernaciones. Nuestro compañero don Julián Ribera, en *Bibliófilos y Bibliotecas en la España musulmana*, hablando de Alhacam, dice que "en su alcázar trabajaban de continuo los mejores encuadernadores de España, juntamente con otros de Sicilia y Bagdad que había hecho venir"; y es de creer que otros bibliófilos árabes tendrían también encuadernadores, y nos cuenta la graciosa anécdota que ocurrió a Elhadrami en los encantes de Córdoba, en que el corredor de su contrincante subió tanto en la puja de un libro porque tenía bonita letra y bonita encuadernación. En el gran depósito de códices árabes, todos encuadernados, que enriquece la biblioteca de El Escorial, se encuentra mucha variedad de encuadernaciones. Las hay mudéjares, que acaso sean las más antiguas y hechas en España; otras están totalmente llenas de estampaciones de oro, de origen o imitación persiana; otras con arabescos de relieve en el centro y en los ángulos que se grababan en oro y colores sobre una especie de goma; y otras más sencillas sin ningún adorno, o con algunos filetes. Todas son de forma de cartera.

La invención de la imprenta, el renacimiento literario y artístico, el frecuente intercambio de cultura, etc., causan en el arte de la encuadernación un notable avance de gusto y de propagación. Venecia, que era el mercado más concurrido por los orientales a últimos de la segunda mitad del siglo XV, fué la primera que generalizó el dorado de los cueros por medio de hierros, las combinaciones geométricas, aunque ampliándolas, modificándolas y estilizándolas, y la estampación de arabescos, renovando casi radicalmente el modo artístico de encuadernar, hasta entonces usado en Europa, y apareciendo el espléndido estilo llamado del Renacimiento. Entonces se aplican los hierros

trasformados en ruedas, que sin solución de continuidad estampan en oro rica ornamentación de follaje, y se siembran las cubiertas con airosas ondulaciones y volutas.

Un poco más tarde los famosos Aldos, impresores, perfeccionan aquella encuadernación y la caracterizan con tanto gusto artístico, que llega a extenderse y dominar, más o menos, en todas las naciones occidentales de Europa. Y llega a la cumbre el arte de la encuadernación del Renacimiento con las transformaciones y aplicaciones ideadas por Grolier, Majoli y otros bibliófilos, refinando las líneas de las combinaciones, o duplicándolas en forma de cinta, puntillando los espacios, o llenándolos de piezas de diversos colores que la hacían policromada y en *mosaico*. Suelen llevar las encuadernaciones renacentistas en el centro de las tapas un círculo, un losange, o un cuadrado, donde va inscrito el título de la obra o la leyenda de su poseedor.

En España en todo el siglo XV y buena parte del XVI se continuó cultivando la encuadernación mudéjar con algunas adiciones del estilo gótico, y se empleaban en combinación con el gofrado algunas estampaciones en oro. Cuando entre nosotros se entró de lleno en el estilo del Renacimiento fué como hacia mediados de aquel siglo de oro; y tiene también la encuadernación su carácter nacional. Hay innumerables ejemplares de este estilo en nuestras bibliotecas, y de todos ellos sobresale una nota que los distingue de las encuadernaciones puramente italianas, y en especial de las francesas. En lugar de los elegantes dibujos de líneas que terminaban en hojas de composición arabesca, y de las hermosas evoluciones que embellecían toda la cubierta, nuestra encuadernación es más severa y se practicaba encuadrando las tapas con diversos hierros de adorno de hermosos frisos, con bustos de la Antigüedad, alternando con trofeos militares, literarios y científicos, que se llaman neoclásicos, o más propiamente plateresco, y de follaje, como si fuera, cuando está sin dorar, una continuación de la mudéjar, a la que estaban tan acostumbrados por haber sido propia, y llenaban los huecos con medallones, florones, pájaros y otros objetos decorativos. No quiere esto decir que aisladamente no se

trabajasen también encuadernaciones tan hermosas como las puramente aldinas, de Grolier, de Majoli, etc.; pero en general es muy poca por entonces la influencia francesa en nuestra encuadernación, como sucedía también en los demás órdenes de cultura científica y artística.

De seguro que hay en España algunas librerías de particulares caracterizadas por su encuadernación, que a la vez servía como su *ex libris*. Conozco yo la del célebre humanista don Diego de Mendoza por estar depositada en la biblioteca de El Escorial. De sus orígenes y mercados públicos en que la adquirió el belga Charles Graux da abundantes noticias. De su encuadernación peculiar solamente he visto algunas incidentales indicaciones, sin fijarse en su importancia real y en lo que significa para la historia de la encuadernación. Es sencilla de ornato, pero de mucho gusto. Dos tipos generales aparecen en ella. En el uno dos filetes dorados, que se destacan entre otros gofrados, encuadran las cubiertas, y a veces el interior está cuatrolobulado, y en los ángulos lleva florones dorados; y en el otro va llena toda la cubierta con líneas verticales paralelas doradas, a poca distancia. Los lomos con nervios resaltados están gofrados en losanges, en el uno y en el otro dorados, intercalando flores de lis o floroncitos. Todas llevan en el centro de las tapas un medallón de relieve estampado en oro. Tienen todas la particularidad de que el cuero es bicolor: una mitad es rojo y la otra verde oscuro, que son los colores de su Casa. Tuvieron cuatro cintas por manezuelas. El nombre de don Diego de Mendoza merece figurar en la historia de la encuadernación a semejanza de Grolier y de Majoli, pues, aunque es verdad que no son sus encuadernaciones tan artísticas como las de éstos, constituyen un tipo singularísimo, inconfundible, de gran gusto y sencillez.

En la segunda mitad del siglo XVI y gran parte del XVII se hicieron en algunas ciudades de España peculiares adaptaciones del estilo del renacimiento italiano. De un modo característico figura la encuadernación de Valladolid, que adopta en algunos de los hierros la estructura que podría llamarse arquitectónica. La encuadernación valisoletana no llega a la elegan-

cia ni al buen gusto de la italiana, ni tampoco de la general renacentista. Más parece una señal de decadencia y como una predisposición barroca. Don Diego Sarmiento de Acuña, primer conde de Gondomar, vistió sus libros con encuadernaciones de Valladolid.

También Toledo distinguió las encuadernaciones que en ella se hacían con el escudo de Castilla protegido por las águilas imperiales, que ponía en el centro de las tapas, y como adorno usaba alguno de los hierros corrientes de rueda de animales y follaje, pero sin recargarlas, y muchas hay en cuero verde, que además del escudo sólo tienen unos filetes dorados. Yo creo que examinando las encuadernaciones que salían de los talleres de otras ciudades, se han de encontrar notas que más o menos las caractericen, como sucede con las de Salamanca, Toledo, Barcelona, Valencia, Alcalá y Valladolid. Con ese estudio gozaríamos de una completa monografía de la encuadernación española renacentista, en todas sus variaciones locales y regionales, y sería uno de los más notables capítulos de nuestro arte.

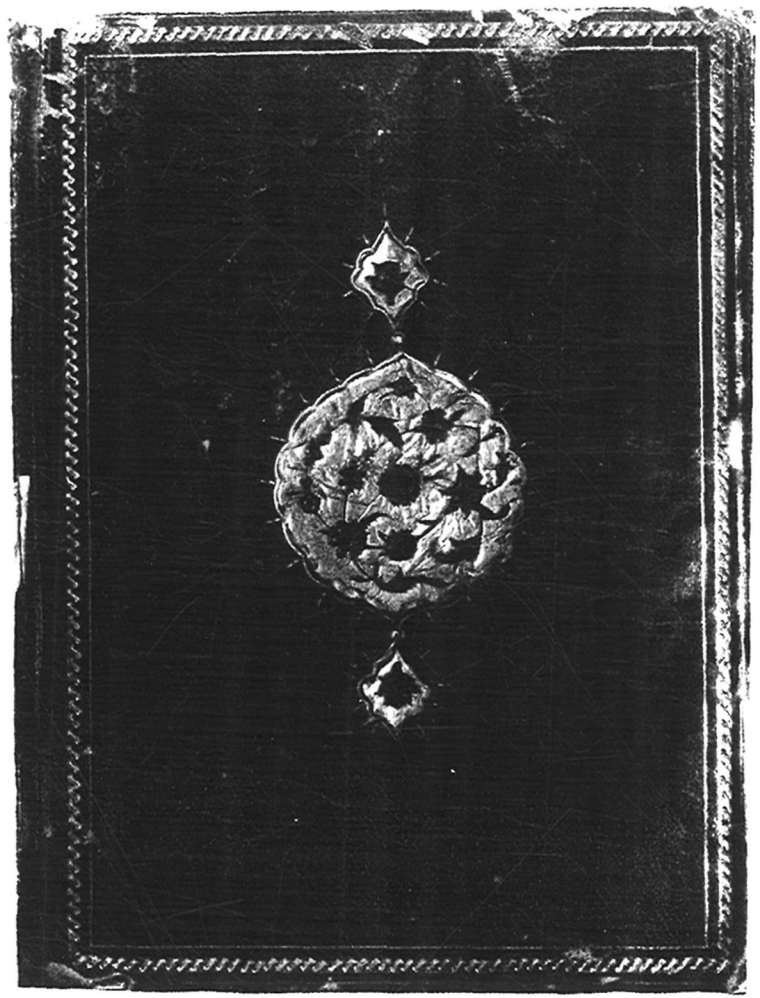
Sigue en el siglo XVII la encuadernación plateresca, pero adoptando algunos encuadernadores y bibliófilos el estilo barroco y churrigueresco que se introducía en el Arte, le aplicaron en la ornamentación exterior de los libros, y aparece entonces hasta principios del siglo XVIII recargadísima y de raras y muy variadas combinaciones. Se empezaron a trabajar las encuadernaciones de pequeños hierros, que tanto se prestan a la libertad de la imaginación de los artistas, que pueden hacer con ellos infinidad de dibujos. Aunque se considera como decadente nuestra encuadernación por entonces, tiene, sin embargo, notas de gran belleza decorativa que merecen registrarse, como el rameado, que recuerda algo las evoluciones de Grolier, el relleno de los ángulos interiores con adornos en forma de abanico, los centros con rosetones u otros motivos de dibujos muy complicados, etc. Y dentro de la gran variedad de las encuadernaciones de este tiempo sobresale siempre la nota de barroquismo que las distingue y caracteriza.

Con el nuevo renacimiento literario español en tiempos de

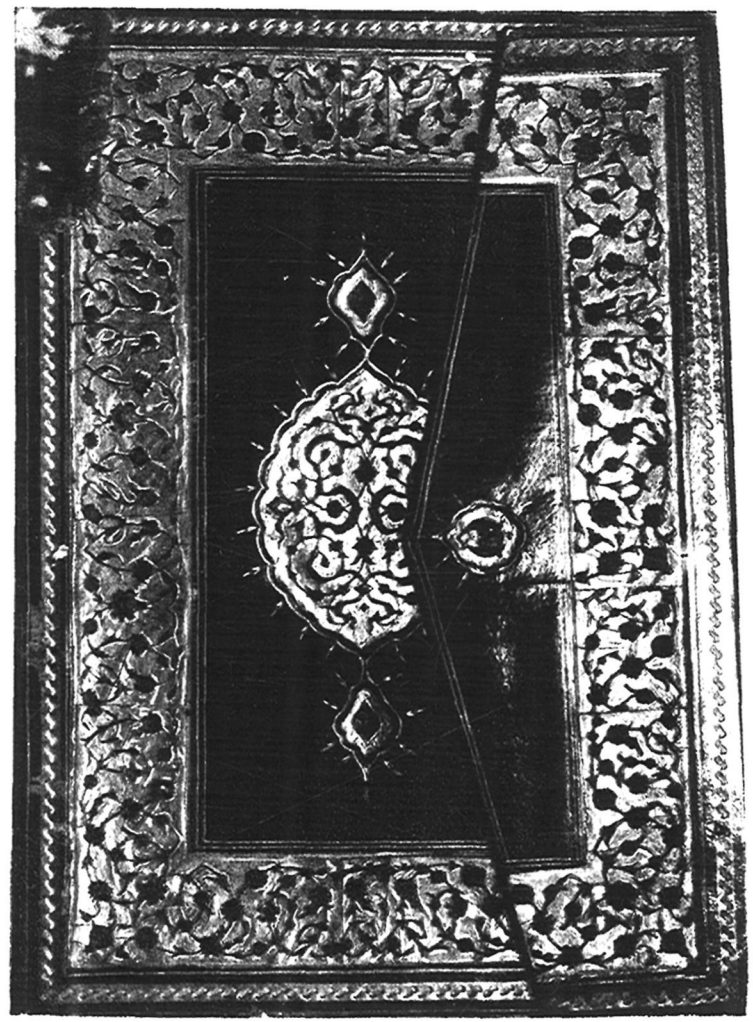
Carlos III y Fernando VI vuelve a caracterizarse algo la encuadernación española, pero totalmente influída del gusto francés, que por entonces dominaba el mundo. Los dibujos con que se adornaba la encuadernación eran de los llamados de encaje y de forma de guirnalda, muy airosos y de mucha elegancia. Los estilos Luis XV y Luis XVI, que invadieron la decoración en los muebles de casas ricas y nobles españolas, se reflejaron también en nuestra encuadernación. Abundan por este tiempo los libros en gran papel cubiertos de tafilete rojo, o azul, o jaspeado, a veces con miniaturas en los centros de las tapas de retratos o de episodios y escenas sociales, o de figuras simbólicas, y encuadrados con los hierros antes mencionados o solamente de ruedas. Se hacen también encuadernaciones que pueden llamarse cuadriculadas, en cuyos huecos alternan monogramas, anagramas, flores, pájaros, etc.

Pasado este corto período, ya no se pueden buscar en la encuadernación española notas características que la distingan. Aunque seguía el estilo francés, ejecutábanse también encuadernaciones con todo lujo, pero sin sujeción a los cánones de un arte determinado. Las había primorosamente bordadas en telas ricas o pintadas por pintores célebres, y de pequeños hierros que cubrían con oro casi toda la tapa, con caprichosas combinaciones. Se hace la encuadernación ahora, se puede decir, como universal; pero siempre ha habido entusiastas bibliófilos que han querido distinguir sus particulares librerías con alguna nota aceptada o ideada por ellos. Bien se ve que en este modo libre de elección suele abundar, más que el arte, el gusto, no siempre artístico, y a veces extravagante, de los poseedores. Y así se encuentran tantas encuadernaciones modernas raramente fantásticas y caprichosas, que no pueden incluírse en los grupos generales. Son notas, sin embargo, que deben recogerse al particularizar más la historia de nuestra encuadernación.

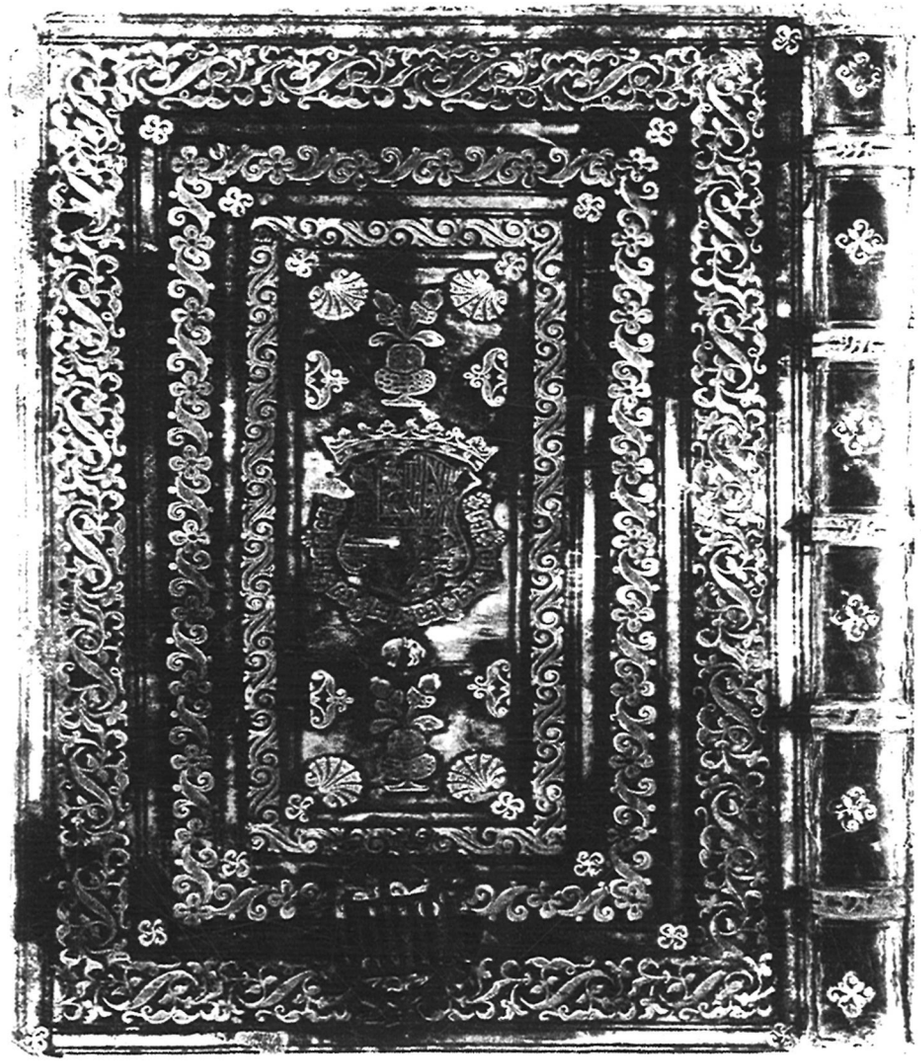
A pesar de esto se trabajan también algunos tipos de encuadernación especializados, como los de Sancha y otros que merecen especial mención. Sancha, al regresar de París, vulgarizó en España un tipo de encuadernación inspirado en los



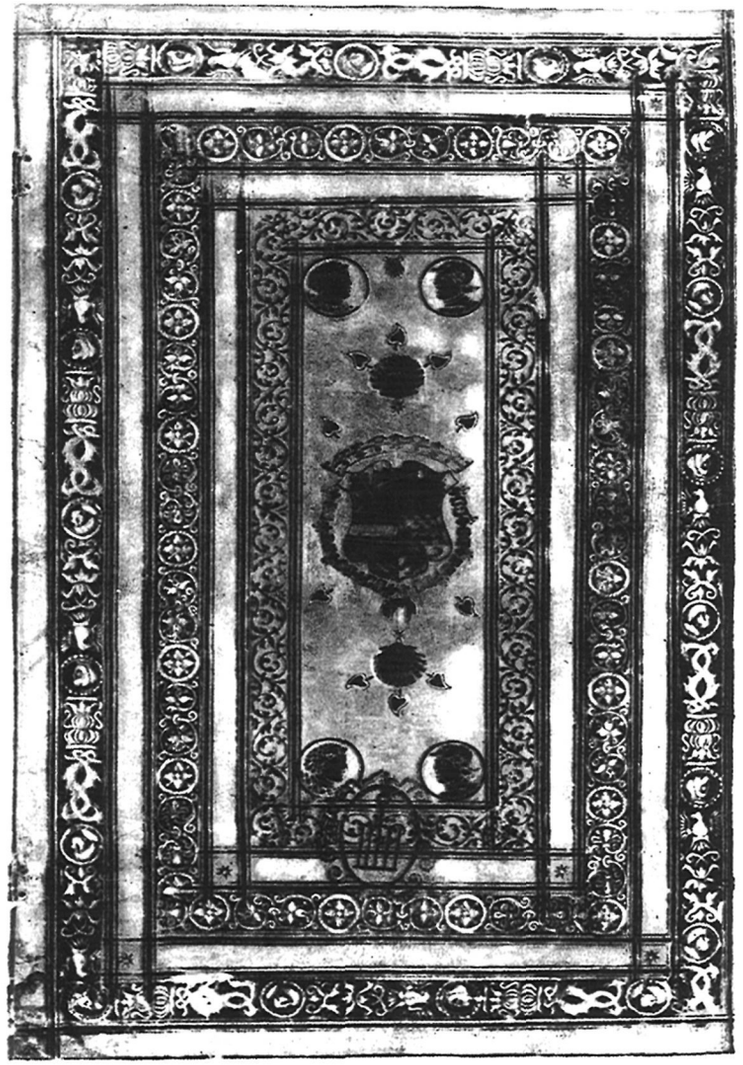
ENCUADERNACIÓN ÁRABE
(Biblioteca del Escorial).



ENCUADERNACIÓN ÁRABE EN FORMA DE CARTERA
(Biblioteca del Escorial).



Encuadernación de la Biblioteca particular de Felipe II.



Encuadernación de la Biblioteca particular de Felipe II.

modelos de la Regencia y otros que se usaban en Francia a mediados del siglo XVIII y que se han conservado en España, principalmente en las guías de forasteros, buscadas con el mayor entusiasmo por coleccionistas y bibliófilos. Estos tipos se caracterizan por ser mosaicos trazados con elementos decorativos de la época de los Luises, recargando exageradamente los conjuntos, que unas veces son simplemente decorativos y otras presentan composiciones florales. Se abusó mucho en ellos de los colores metálicos, y para dar esta sensación recubre Sancha con mucha frecuencia cierta parte de la encuadernación con hojas de talco o de papeles transparentes en color, que dan brillo y reflejos de metal a cierta parte del decorado, contrastando con los elementos mate. La parte que debiera quedar lisa, como los fondos, se recargan con un punteado en oro, o de otra manera; lo importante es que no quede sin decorar ningún espacio. Con mucha frecuencia los centros de la encuadernación contienen un retrato, un paisaje o una miniatura, que se deja al natural o se cubre con hojas de talco.

Quizás como reacción al tipo predominante en tiempo de Carlos III se practica en España una serie de encuadernaciones en el llamado tipo Imperio o de Carlos IV, que están caracterizadas por una cenefa rectangular limitada por cuatro cuadrados y a lo largo de la cual se desplazó una rueda con un dibujo casi siempre de estilización floral. Suelen ser estos tipos de mosaico sencillo, y entonces los cuatro vértices son de color distinto del fondo de la encuadernación, y los colores clásicos son rojo para el fondo y verde para los cuadrados de los ángulos.

Algunos encuadernadores valencianos, como Antonio Suárez, librero de Cámara de S. M., que encuadernaba en Valencia en tiempos de Fernando VII, empezó a complicar la encuadernación, y el mosaico no se hizo en los cuatro medallones de los vértices, sino en la parte central. Los encuadernadores valencianos han tenido otro detalle muy peculiar, y es el hacer el mosaico en forma de cortina, o de abanico, partiendo de uno de los ángulos en piel teñida de una manera desigual, que se repite sistemáticamente en el dibujo y da la sensación de un

sombreado. Estos últimos tipos de este género de decoración acentúan este efecto en mosaico con un silueteado y decoración en oro, que marcan y adornan esta especie de pliegues triangulares de cortina, trazando un motivo principal triangular más pequeño, que se coloca oblicuo con respecto a la línea fundamental de la encuadernación.

Los mosaicos tuvieron un último momento de apogeo en las encuadernaciones del tipo catedral, importadas también de Francia, hechas por plancha estampada, y después, ejecutando en distinto color los espacios y superficies que resultan en la decoración. En España comenzó este tipo de encuadernación en el reinado de Isabel II. Fueron simplificándose a medida que avanza el siglo, y las decoraciones románticas del fin de aquel reinado son simples encuadernaciones en mosaico sobre tapas estampadas por plancha, más bien recordando los dibujos barrocos del siglo XVIII que el romanticismo gótico, con el que se inaugura la moda en España. Varios otros tipos de encuadernación pueden mencionarse, pero más que de españolas son de españolizadas, o esclavamente copiadas.

FR. GUILLERMO ANTOLÍN, O. S. A.